

-Teatro de un demonio-

De la oscuridad nacen diminutos destellos. Aquellos que prevalecen empiezan a aglomerarse, cual fluido, conformando figuras cada vez más humanas, varias siluetas de luz pura cuya apariencia es innegablemente la de unas bailarinas.

Como vivificadas por el gozo de su feérica naturaleza, danzan juguetonas al unísono, guiadas por una música de fuente desconocida. Se agrupan en corros, saltan con sutileza, giran, tocan las palmas, arquean los brazos, ríen... Parecen trovar en el aire con cada movimiento que realizan sus extremidades. Todo esto sin necesidad de sufrir el peso de sus cuerpos. ¿Son solo estos seres desencadenados del mundo los que conocen la verdadera felicidad?

Fácil es fijarse en una figura distinta a las demás. No solo contrasta por ser de carne y hueso, sino que también le delata cierta torpeza en el intento de imitar a sus compañeras. Vestida de blanco, es una joven de cabello castaño y ondulado. Estos detalles son únicamente apreciables cuando se aproxima a aquellos seres luminosos, que a veces la elevan tomándola de la mano en sus saltos y juegos.

Pasado un tiempo, ya rendida, se arrodilla. Las figuras interrumpen su júbilo y la rodean e iluminan por completo. Debido a la postura, el vuelo de su vestido se extiende por el suelo, dándole la apariencia de una flor de jazmín invertida. Sonríe inocente y su mirada parece perderse en un punto entre las sombras.

La respuesta no se hace esperar; un par de palmadas irrumpen el silencio y la luz renace. Las bailarinas, viendo realizada su labor, hacen una reverencia a la joven y se disipan, de modo inverso a su génesis, en brillos traviesos. Se encuentra en un amplio salón. En su centro, una colosal araña con motivos florales, que refleja sus rayos en un suelo de mármol color champán.

Ahora el elemento discordante no es ella, sino una masa oscura de tamaño considerable en uno de los extremos del habitáculo, rodeada de varias columnas de libros. Criatura de apariencia canina, pero con dos grandes cuernos retorcidos decorando su rostro esquelético y negro. El pelaje, de este mismo color, se agrupa en grandes penachos, como plumas. Sus rasgos en conjunto le dan el aspecto de un animal

que murió abrasado en un incendio; sin embargo, su pecho baja y sube lentamente, en una respiración calmada. De las fosas nasales de su hocico exhala un vaporcillo cálido, denotando la alta temperatura de su cuerpo. Sorprendentemente, carece de globos oculares, pero sigue con sus cuencas vacías a la chica del vestido blanco, que se acerca a él risueña. Sus manos ataviadas en unos finos guantes acarician la cabeza de aquella monstruosidad, y esta responde entornando sus ojos huecos, mostrando gusto. Entonces ella murmura algo a su oído, en notas silenciosas. Parece ser una invitación a salir de allí, pues el demonio se levanta en sus cuatro patas y seguidamente se inclina hacia ella, permitiéndole subirse a su lomo; cosa que realiza con la facilidad de lo rutinario.

La noche inundaba la falsa ciudad. La luna siempre medio llena, mostrando el fulgor plateado de una de sus mitades y el páramo sombrío de la otra, decora un cielo nocturno sin estrellas, y vierte luz nívea en los edificios, marcando sus siluetas en un paisaje monocromo, en absoluto silencio. De vez en cuando el claroscuro es interrumpido por farolas, que atraen delicadas polillas, tan grandes como la palma de una mano, que baten sus alas a descompás posadas en el vidrio que las salva de una muerte fogosa. Ella, desde su montura, admira detenidamente la belleza de aquellos insectos, cuyos dibujos en las alas parecen haber sido bordados a mano con hilos de seda y escamas irisadas.

En las paredes que dirigen las calles, rosales serpentean a través del ladrillo persiguiendo los rayos de la luna. Sus flores perfumadas llaman la atención de la niña, quien parece desear acercarse a ellas. Sin necesidad de mediar palabra, el demonio se detiene y la aproxima a la planta alzándola en sus manos esqueléticas. Ella toma una de las rosas sin desprenderla, y el rosal, como si de la respuesta a un saludo se tratase, acerca sus tallos a la joven y empieza a entrelazarlos con las hebras de su cabello, a la par que lo decora floreciendo. En este lugar no hay nada que pueda herirla; su creador le ha privado de la envidia y las espinas.

Un reloj lejano ya sufre la extenuación de sus agujas, pero el ritmo al que se sometían ha dejado de involucrarles.

Continúan con su camino. Las pisadas son calmadas, no es necesario apresurarse. Adormecida por el vaivén del caminar de la criatura y el calor dulce que

desprende su tupido cuerpo, se le hace imposible no cerrar los ojos. Para sorpresa de la joven, cuando abre sus párpados, ya han llegado.

Una vasta pradera completamente iluminada se extiende hasta donde llega la vista. Su hierba se mueve al compás de un viento gentil y los dientes de león liberan sus semillas al cielo. Ante este paisaje la chica aún descalza, corretea disfrutando el aroma fresco del verdor. Para la inquietud del demonio, el límite de su dominio no queda muy lejos de aquel sitio. A veces siente que la lleva ahí solo para ponerla a prueba.

La niña se detiene por un momento y su sonrisa se apaga. Mira una zona cercana, que aparentemente se trata de un barranco, pero es imposible precipitarse al vacío. Ella lo había visto atravesar aquel lugar. Lo sabe. Una delgada membrana la separa del sitio del que a veces hablan sus libros. Aquel mundo de seres como ella; mas ellos envejecen, enferman tanto de muerte como de amor y se aventuran a seguir viviendo a pesar de dejar a otros por el camino.

El miedo devora los huesos de la monstruosidad cuando la joven aproxima las yemas de sus dedos a la frontera. Del contacto surgen ondas concéntricas que atraviesan el aire, como si el cielo fuera una gigantesca masa de agua.

No deseaba ser su carcelero. Él la liberaría si ella se lo pidiera, aunque quizás por un egoísmo que se niega a aceptar, saca provecho de su ignorancia. Un mundo sin desesperación debería ser propicio para un ser de bondad prístina como ella. Pero, ¿por qué la sentía marchitar? A menudo pierde el brillo de sus ojos en una sombra de melancolía, y él sufre por ello. ¿Qué más podría pedir de un mundo como aquel? El ave enjaulada desde el nacimiento no goza de sus mismos privilegios y aún así suele preferir la seguridad de su cárcel. ¿Hablarle de la frialdad del mundo humano no le haría sentir más curiosidad? ¡Qué no haría él para evitar ver la crueldad nublar los ojos de aquella joven, alma humana ligada por naturaleza al sufrimiento, que aún viviendo en un paraíso, busca su perdición!

La niña separa lentamente su mano de la barrera y se mantiene estática por unos instantes. Poco tarda en darse la vuelta sonriente. ¿Se ha mofado de él? Ya ha hecho uso de toda su viveza y decide tumbarse arrojada por los dientes de león y el pelaje negro

de su guardián, ahora aliviado, aunque consciente del destino funesto que le aguarda. Se ve atormentado por el hecho de que no va a aislarla por siempre del mundo. Para él un rostro como el de ella no merece la injusticia de las lágrimas tristes o ver su cabello castaño tomar el color de la nieve. Pero tenía derecho a despertar.

El demonio, dando como terminado el día, alza la cabeza, cierra sus párpados, y todas las luces, excepto la luna, finalmente perecen.

Solo le queda soñar con un mañana.

Cernudita.

Categoría B: Bachillerato.